

romántica, del vitalismo, de la ciencia germánica, etcétera, confluyen en las concepciones del maestro granadino.

Américo Castro postula que la historiografía es el modo de conocimiento que se corresponde con la conciencia de estar realizando el propio vivir, la existencia personal autoconsciente y valiosa;

lo historiable tiene como eje el afán humano de superarse más como conciencia de vida que como creación de estancias, medios y ambientes para que en ellos transcurra la vida. La ciudad como cómoda estancia sería tema de crónica; como aspiración a afirmarse como conciencia de ser arquitectónicamente ciudad, sería tema de historiografía.<sup>42</sup>

La orteguiana vida en cuanto plenitud y afán de ser resuena nítidamente en la proclama de don Américo, para quien lo valioso humano, la respuesta específica al desafío del vivir genérico, constituye el motivo de análisis historiable.

En contraste con las concepciones del maestro granadino, para el pensamiento de don José Antonio tanto las motivaciones describibles, como los fenómenos narrables y las grandes obras humanas historiables han de constituir objeto de análisis; la ciudad importa por ser estancia y por ser también arquitectura, diríamos volviendo al ejemplo de Américo Castro.

Las motivaciones y los fenómenos que aparecen en la historia se acercan al lado material de la misma, y este lado no podría quedar en penumbra para el estudioso si él no quiere incurrir en grave mutilación empírica; la vida material y lo vital consciente y valorable constituyen conjuntamente el complejo de lo histórico, y este todo no puede en buena ciencia quedar ignorado. Como es lógico, el pensamiento del maestro granadino se acerca en historiografía al legado romántico, vitalista y culturalista vigente sobre todo en la primera mitad de nuestro siglo<sup>43</sup>.

## Contra los mitos historiográficos

La alusión a algunos estudiosos nos permitirá contrastar y situar las concepciones de Maravall en el pensamiento historiográfico reciente. Por ejemplo, don Julio Caro ha pedido asimismo que se tengan en cuenta la vida privada, los estados de ánimo y de opinión de las comunidades y los grupos, y ello frente a un puro culturalismo que nada más experimente las bellezas establecidas: el centro de gravedad de lo histórico se halla más en lo primero. Las palabras de Caro Baroja pueden recordarse en su amplitud literal:

¿Pero no hay derecho a pensar que el moralista actual, el psicólogo y el sociólogo habrán de sacar más partido del examen del conflicto reflejado en un oscuro documento privado, en una narración tenida por insignificante, que de todas las sensaciones «canónicas» que puedan experimentarse ante las ruinas de Itálica o las bellezas de la Alhambra abandonadas por Boabdil? Caída de imperios, ruina de culturas, todo ello es muy majestuoso. Pero si pudiéramos reconstruir los estados de ánimo y de opinión de varios grupos humanos en unos momentos críticos pero sin gran brillo en la historia, sabríamos más sobre la historia misma que viéndola como un conflicto de civilizaciones, de cultura y de Estados.<sup>44</sup>

<sup>42</sup> Dos ensayos, p. 37.

<sup>43</sup> Maravall caracteriza la historiología de don Américo escribiendo: «Un singular sujeto colectivo, de nacimiento misterioso, que hace su historia según preferencias y capacidades. La directa y próxima filiación romántica de esta concepción historiográfica es manifiesta» («La morada vital hispánica...», p. 400).

<sup>44</sup> Julio Caro Baroja, El mito del carácter nacional, Madrid, 1970, p. 20.

<sup>45</sup> *Ibidem*, p. 41. En otra obra dirá don Julio: «Otro vicio moderno es el de dar una única interpretación, explicación totalitaria, a cualquier hecho. La economía y el sexo hacen el gasto la mayor parte de las veces en el mundo actual. Antes se daban pretendidas explicaciones religiosas de todo igualmente tautológicas, pero que satisfacían incluso a personas de cierta capacidad mental» (Las formas complejas de la vida religiosa, Madrid, 1978, p. 14).

<sup>46</sup> El mito..., pp. 112 y 113.

<sup>47</sup> Una obra intelectual que está pidiendo a gritos su estudio y exposición en detalle es la del propio Caro; alguien debería acometer la empresa.

<sup>48</sup> J. Reglá, Introducción a la Historia, Barcelona, Teide, 1970.

<sup>49</sup> Op. cit., p. 27.

<sup>50</sup> Antonio Ubieto-Juan Reglá-José María Jover, Introducción a la Historia de España, Barcelona, 1963 y eds. posteriores.

La densidad del pasado se encuentra muchas veces en la documentación privada, reveladora de los estados de ánimo de las gentes, de sus creencias y su mentalidad; al lado de las catástrofes o los apogeos que afectan a las superestructuras políticas, jurídicas, ideológicas, etcétera, están siempre la huella y el rumor de quienes forman la mayor parte de la sustancia de la vida diaria, y esa huella y los ecos de esos rumores no pueden quedar olvidados por la investigación, que sería en otro caso investigación de muchas apariencias y muchos efectos cuyas causas desconoceríamos.

Caro ha advertido también contra la falacia de buscar un único motivo aclarador de todo, ya sea el factor religioso, o el económico, etcétera, y se queja de que aún vivamos «bajo el peso de teorías sociales e históricas totalitarias y dogmáticas, que se nos dieron como llaves para abrir todas las puertas»<sup>45</sup>.

Resulta una falacia el no ver las concausas que actúan en las manifestaciones de la vida humana, el todo complejo de fuerzas actuantes que dan lugar a cada situación particular del pasado, y hay otra falacia en pretender caracterizar de manera permanente a los «españoles», en el mito —escribe a la letra nuestro autor, como sabemos—, del carácter nacional. Se trata ciertamente de un mito (advierte don Julio), peligroso e inductor de hacer hablar mucho y mal a gentes concejiles, y que «ha hecho decir muchas tonterías a hombres ilustres»<sup>46</sup>.

En este rechazo de la idea de los caracteres nacionales, en la búsqueda de una historiografía social y de las «situaciones» del pasado en las que los hechos actúan entre sí, etcétera, los programas historiográficos de Maravall y de Julio Caro Baroja vemos que resultan comparables y análogos<sup>47</sup>.

## Hacia lo humano de todo hombre

Algunos de los mejores historiadores profesionales españoles han venido haciendo desde los años sesenta reflexiones teóricas presididas por la búsqueda de un trabajo empírico más adecuado, más comprendedor de todas las realidades de la vida y del pasado de los hombres. Juan Reglá publicó en catalán en 1967 y luego en castellano (1970) unas páginas clásicas, en las que frente a «la historiografía romántico-conservadora, preocupada sobre todo por los acontecimientos políticos y las instituciones jurídicas», trataba del «Concepto actual de la Historia»<sup>48</sup>. Este concepto suponía evidentemente una ampliación del objeto considerado y de los aspectos tenidos en cuenta en el mismo, pues había de ocuparse de «todos los hombres», de «el reparto de bienes y funciones entre ellos», «la organización político-administrativa de la sociedad en un Estado» y las relaciones exteriores de los Estados, y asimismo de «toda clase de actividades del pensamiento de los hombres integrantes de la sociedad»<sup>49</sup>.

En realidad este autor se había referido ya al pasado en esta forma más compleja y comprendedora en su aportación a la *Historia de España y América* dirigida por su maestro Jaime Vicens, y en la parte que escribió del afortunado manual universitario *Introducción a la Historia de España*<sup>50</sup>. Tanto Reglá como José María Jover organizaron su

parte de la *Introducción...* abordando en efecto en capítulos específicos la economía y la sociedad, el Estado, la cultura, y la política internacional respectivamente; al hacerlo así daban énfasis a la necesidad de no reducir el análisis historiográfico a un mero relato político o a la descripción institucional, pues lo histórico es una totalidad compleja y además totalidad no estática, sino caracterizable en su movimiento o desarrollo<sup>51</sup>.

Jover ha mostrado en sus publicaciones el interés y la sensibilidad hacia la historia social e intelectual, y Reglá —como decimos— derivaba a su vez directamente de los planteamientos aprendidos de Vicens y asumidos con él. Hay un texto instructivo de Jaime Vicens que no siempre se suele recordar, la «Introducción» o prólogo a su mencionada *Historia de España y América*, que aclara bien los propósitos de la historiografía de nuestra segunda mitad de siglo de la que Maravall fue un cultivador señero.

Vicens abre su trabajo con una proclama que por su misma concreción creemos debe recogerse extensamente:

Nuestro tiempo vendrá sellado por la preocupación hacia el hombre común, ese hombre de la calle, del palacio o de la barraca, de la gran empresa o del taller en serie, que se ha convertido en el principal protagonista de la Historia... Todos los demás, santos y filósofos, políticos y guerreros, científicos y técnicos, poetas y artistas, han estado a pesar de su grandeza relativa muy por debajo de ese simple ciudadano... O bien de ese campesino cualquiera que sufre los rigores de las estaciones, la incomodidad de su alojamiento, las latentes amenazas de las endemias y el hastío de su aislamiento cósmico... Ahora no podemos reducirnos a describir las grandes convulsiones sociales ni a investigar el proceso económico de un pueblo, sino que ahondando mucho más, se pretende llegar a bucear en el mismo corazón de los intereses espirituales y materiales de cualquier hombre que haya sido y haya dejado una leve huella de su paso.<sup>52</sup>

La Historia queda definida como el saber acerca de los intereses materiales y mentales de cualquier hombre no importa quién sea, del hombre cualquiera en el tiempo y las relaciones de sociedad que le han correspondido. Tanto el objeto como el sujeto historiográficos quedaban redefinidos en efecto; ya no estamos sólo ante los héroes, el pensamiento escrito de las minorías palaciegas o cultas, las instituciones en su pura configuración estática, etcétera, sino ante todo hombre en cuanto hombre con su finitud y sus limitaciones auestas, ante las necesidades y las pasiones diarias, ante el estudio operativo o dinámico de las instituciones en su desarrollo y su transgresión,...

Maravall se moverá a su manera personal en el marco de esta historiografía que entendía al hombre según lo humano todo; Historia de las ideas, del pensamiento político, de los discursos literarios y la práctica artística, de la conciencia temporal que se posee de estar en el mundo y de las creaciones comunitario-políticas, etcétera, fue hecha de modo ejemplar por el profesor valenciano. Vicens, Reglá, Maravall, Jover, tantos otros estudiosos, han creído que lo que importa —en palabras del primero— es «de qué modo ha sido posible tal tipo de conciencia social, política, artística, económica, etcétera, en una existencia histórica determinada y condicionada por intereses materiales y espirituales inmediatos»<sup>53</sup>.

<sup>51</sup> Fernand Braudel distingue por su parte en las actividades humanas cuatro componentes, a saber: «el económico, el político, el cultural y el jerárquico-social» (*La dinámica del capitalismo*, trad. cast., Madrid, 1985, p. 7).

<sup>52</sup> Jaime Vicens Vives, dir., *Historia de España y América*, Barcelona, 1971<sup>2</sup>, I, pp. 7-10.

<sup>53</sup> Jaime Vicens Vives, *Obra dispersa*, II, Barcelona, 1967, p. 69.